

neciendo acostados la mayor parte del día.

Generalmente todos los indígenas de las tribus cazadoras son altos, robustos, de formas regulares y de una musculación muy pronunciada y parecida á la que adquieren los que se dedican por mucho tiempo á los ejercicios gimnásticos. Su color por lo general es bronceado claro y muy limpio ó igual, sin pecas ni mancha alguna: el pelo negro, lacio y abundante; ninguna barba; en algunas tribus un escaso bigote, el ojo negro, terrible, feroz; la dentadura de marfil. ¡Qué pocas veces se rie el indio cazador! ¡qué pocas veces su mirada indica una alegría completa! Su fisonomía severa está siempre como cubierta con un velo de melancolía; su mirada es fija y escudriñadora; su gesto imponente indica la desconfianza; su postura descuidada y su indiferencia cuando trata con los blancos, expresa su absoluto desprecio por la raza civilizada, y el orgullo y satisfacción que experimenta con la completa independencia de su vida. Algunas de estas tribus tienen nociones, aunque escasas, de la cultura, y hacen cortas siembras de maiz y de frijol; pero casi todas ellas conocen perfectamente las cortezas de los árboles propios para curtir las pieles, lo cual hacen con suma perfección.

Los hombres visten unas *teguas* ó pantalón angosto de piel, que está unido con el calzado, y una *colona* ó chaqueta sin mangas, de lo mismo; se pintan el rostro con fuertes colores, y el cabello y el vestido lo adornan con cuentas de vidrio, con chaquiras, con placas de metal, con pedacitos de balleta encarnada; en fin, con cuantas cosas pueden encontrar en sus correrías, y cuando carecen de esto, suplen estos adornos con conchas pequeñas y piedrecillas pulidas de los arroyos. Las mujeres visten una tunicela de gamuza, de la

cintura á las rodillas, y una especie de camisa sin mangas que les deja los brazos y los pechos descubiertos: cuando pueden adquirir bayeta ó paño, ó indiana, lo prefieren para sus vestidos; pero las *teguas* siempre son de piel, adornadas con muchos y menudos flecos.

Las armas que las tribus cazadoras usaban antes, eran la flecha, la lanza y la clava: hoy conocen el uso de las armas de fuego, y las manejan perfectamente. El esmero y cuidado con que construyen los arcos, las flechas y las lanzas, labrando el pedernal y el fierro como si tuviesen los materiales ó instrumentos necesarios, es muy digno de llamar la atención, y prueba que el solo instinto de la defensa en el hombre del desierto, lo hace industrioso y precavido.

El indio cazador, perezoso é indolente cuando está en el ocio y el descanso, es extremadamente activo, ligero y fuerte para resistir la fatiga cuando se halla en una guerra ó en una cacería: atraviesa grandes distancias en un corto tiempo; casi iguala al caballo en su carrera; sufre la sed y el hambre con una constancia estoica; conoce los desfiladeros de las montañas con una precisión casi matemática; se guía en los caminos por el curso de los astros; reconoce en la yerba, en la arena y aun en los pedregales, las huellas de sus enemigos ó de los animales; se sabe ocultar fácilmente para escapar del peligro; en una palabra, al instinto de todos los animales reúne la inteligencia del hombre racional para todo aquello que tiene relación con su vida nómada, solitaria y aventurera. El indio cazador es valiente hasta la temeridad; pero su valor lo hace consistir también en obtener con impunidad todo género de ventajas sobre sus enemigos; así es que cuando tiene necesidad de huir, lo hace sin que

crea que esto es cobardía; pero cuando se encuentra rodeado y acometido de manera que no lo pueda evitar, acepta la lucha contra cualquier número de enemigos, y pelea desesperadamente hasta rendir el último aliento, como los gladiadores romanos; cae entónces, pero sin rendirse, ni implorar la misericordia de los vencedores.

Los indígenas de las tribus cazadoras tienen nociones muy imperfectas de la divinidad. Los truenos que rompen las nubes, los huracanes que destrazan los árboles, las nevadas que cubren de un blanco sudario las praderas, el ímpetu de los rios y las tempestades de la mar, les hacen conocer que hay una fuerza superior á la del hombre, y que esta fuerza invisible y desconocida, procede de una causa misteriosa que ellos no comprenden. ¿Qué es lo mas esplendoroso, lo mas notable que ven en lo alto de los cielos? El sol.—Esta es la *cara del capitán grande*, dicen ellos; este es el padre que se asoma todos los días á ver los objetos creados, y que los vivifica con su calor, les comunica belleza con su luz, y les da vida con su presencia: así, por estas causas perceptibles, algunas de las tribus cazadoras adoran al sol, y refieren á él todas sus creencias y esperanzas; pero fuera de estas nociones que les inspira la naturaleza, ninguna otra tienen sobre la moralidad de los actos de la vida. «Vamos á cazar al cíbolo, porque necesitamos sus pieles; vamos á emprender una guerra contra los blancos, porque son nuestros enemigos; vamos á tomar las armas y las mugeres de otra tribu, porque nosotros carecemos de ellas:» esta es su lógica y su moral; en verdad muy parecida á la de las naciones del globo, que se honran y envanece con el título de civilizadas y cristianas.

En los tiempos anteriores al descubri-

miento del Nuevo-Mundo, ¿cuál era la vida y la organización de estas tribus cazadoras? Todo el mundo lo ignora, porque ningun vestigio ha podido dar idea ni de su origen ni de su organización. Es de suponerse que años y años han vagado por esas eternas florestas de la Luisiana, de Tejas y del valle del Rio-Grande, haciéndose continuamente la guerra y cazando los animales que les han servido para su alimento y vestido. ¿Estas hordas valientes y numerosas son las que vinieron á las órdenes de Xolot el Grande á conquistar el reino carcomido y destrazado de los toltecas, ó estos mismos cazadores son la raza guerrera de los toltecas, que no quisieron internarse á las montañas del Anáhuac? Ninguna de estas conjeturas parece probable, y ántes mas bien debe creerse que las tribus civilizadas que emigraron de tierras lejanas y desconocidas, particularmente los mexicanos, tuvieron que sostener guerras sangrientas con estos feroces hijos de las selvas, y que abrirse paso con sus armas para penetrar al país á que los conducian sus sacerdotes.

Tal es en compendio la historia bien oscura de las tribus cazadoras, y tales los rasgos mas marcados de su carácter y costumbres. Entre tantas y tan diferentes tribus como habitan los desiertos, podrá haber algunas diferencias en sus creencias, en su modo doméstico de vivir, y aun en la manera de hacer sus campañas y cacerías; pero siguiendo el plan que nos hemos propuesto, no debia omitirse un capítulo que sirviera de indicante para formar con mas detenimiento un estudio de las tribus cazadoras en los muchos escritos de los misioneros y autoridades españolas que gobernaron lo que se llamaban Provincias internas. Para concluir, harémos mención de las diferentes tribus esparcidas en Te-

jas en los dos extensos valles que forman los rios mas caudalosos del territorio mexicano y en los rios Gila y Yaqui.

*Tribus cazadoras que habitaban en el siglo XVIII en las orillas de los rios Angelina, Trinidad, Brazos, Colorado y Rojo, de Natchitoches, en la provincia de Teja (Tejas).*

Carancahuases.	Lipanes del Norte.
Vidaís.	Cododachos.
Orcoquizas.	Panis.
Adais.	Ayaves.
Nacodochitos.	Octatas.
Navidachos.	Cauces.
Anais.	Taobayaces.
Asináis.	Panis.
Quitseis.	Nadacogs.
Tavoyaces.	Mahas.
Tahuacanos.	Yais.
Iscanis.	Yatasies.
Ochivitas.	Tancahues.
Juacanos.	Nijaos.

Algunas de estas tribus mudaban su residencia á veces al valle del Mississipi, cuando acababan la cacería del cibolo.

*Tribus que habitaban en la misma época el valle del Colorado, al Norte y Noroeste.*

Cucapás.	Taligamays.
Jalchedumas.	Cajuunches.
Yutas.	Yumas.
Paguchas.	Chemeguabas.
Yapipais.	Tamejabas.

*Apachería dividida en familias ó tribus, que segun sus costumbres y terrenos que habitaban de preferencia tenían las denominaciones siguientes:*

Chemegué.
Chemegué-cajuala.
Chemegué-sebinta.
Yavipay-cajuala.
Yavipay-cuercomache.

Yavipay-javesua.

Yavipay-muca-oraive.

Taguyapai.

Remontándose mas al Norte del valle del Colorado, se encontraban las tribus que siguen:

Guamoas.	Guañavepes.
Guallibas.	Aguachaches.
Tapicles.	Baquiopas.
	Gualtas.

Todavía mas al Norte estaban establecidas las tribus de los Majabos y Pananas. En el valle del Gila, situado en la antigua provincia de Señora (Sonora), se hallaban establecidos los Papagos y los Pimas, que se extendían en un hermoso y fértil país, que se ha llamado despues la Pimería Alta y la Pimería Baja.

En el valle de Rio-Grande y antigua colonia de Coahuila se hallaban en la misma época los

Tobosos.	Coetzales.
Tocas.	Bausoriyames.
	Comanches.

De todas las antiguas colonias que permanecieron desiertas muchos años despues de la conquista, que se poblaron lentamente con el sistema de las misiones y de los puestos militares ó presidios, y que aun hoy están muy despobladas, se formaron las provincias internas y colonias del Nuevo Santander, y despues de la independencia, los Estados de Sonora, Sinaloa, Nuevo-Leon, Coahuila y Tamaulipas, refundiéndose en la parte Sur de este Estado lo que en los primeros tiempos formó la gobernación de Nuño de Guzman.

Las guerras que, como hemos dicho, se hacen mutuamente las tribus cazadoras, las pestes y las enfermedades comunes que no pueden combatir con los escasísimos co-

nocimientos que poseen del uso medicinal de las plantas, han acabado con muchas de las tribus que vivían independientes hace dos siglos, y otras han sido absorbidas por las mas numerosas y guerreras.

Hoy permanecen en el valle del Rio Grande los Comanches, los Lipanes, los Tancahues, los Tarancahuases, los Suasons y los Nadacogs.

Los Comanches son los mas numerosos y los mas dados á la guerra, y se extienden en todas las fronteras desde el Bravo hasta el Colorado.

En Chihuahua la tribu mas numerosa y mas temible es la de los Apaches, que se conocen con los nombres de Apaches *Tontos, Chiricahues, Gileños, Mimbrenos, Farraones, Mescaleros, Llaneros y Navajoes*, todos los cuales son la descendencia ó raza de las diversas tribus que hemos men-

cionado ántes, y que encontraron en el valle del Colorado hace mas de un siglo los religiosos misioneros.

En Sonora se encuentran ademas los Opatas, los Yaquis y los Pimas. Muchos de estos indios cultivan con esmero la tierra; están reducidos á vivir en poblaciones, y sus costumbres los colocan en el rango de las naciones indígenas medio civilizadas, lo que hace creer que mas bien son los descendientes de los que formaban las provincias que encontró en su expedición Vazquez Coronado. Todas estas son inferencias, y podria llegarse tal vez á un mayor grado de certidumbre con indagaciones mas minuciosas que no permite el plan que nos hemos propuesto al publicar este artículo.

Junio de 1869.

M. PAYNO.

## FERROCARRIL Y COMUNICACION INTEROCEANICA

POR EL CENTRO DE LA REPUBLICA MEXICANA.

Como escrito del mas alto interes y que contiene curiosos datos sobre las producciones y recursos de diversos lugares de la República, insertamos el proyecto de un ferrocarril formado por el Sr. D. Manuel Fernando Soto y que se relaciona con el permiso que han pedido al congreso de la Union los Sres. Brennan, Smith y Richards para establecer una línea férrea que comunique los dos mares, aprovechando los rios, lagos y depósitos interiores de aguas, que deberán canalizarse y aprovecharse para la navegacion.

*PROYECTO de comunicacion interoceánica por el centro de la República mexicana, escrito por el C. diputado Manuel Fernando Soto.*

Los Sres. Brennan, Smith y Richards han solicitado del congreso de la Union el permiso para establecer una vía férrea y un telégrafo que comunique los dos mares, aprovechando las corrientes y depósitos de agua que les fuere posible.

Esta solicitud pasó desde luego á la primera comision de industria del mismo con-

Tomo I.—65.